IX

Cuando los criados habían metido ya en su carruaje al verdadero conde Labinski, arrojado de su paraíso terrenal por el falso ángel guardián que estaba de pie sobre el rellano, el Octavio transfigurado entró en el saloncito blanco y dorado para esperar a la condesa.

Apoyado sobre el blanco mármol de la chimenea, cuyo hogar estaba lleno de flores, se veía reproducido en el fondo del espejo, colocado simétricamente sobre la consola de pies tallados y dorados. Aun cuando estaba en el secreto de su metamorfosis, o mejor dicho, de su transposición, apenas podía formarse idea de que aquella imagen tan diferente de la suya fuese la reproducción de su propia figura; así es que no podía apartar los ojos de aquel fantasma extraño que se había convertido en él mismo. Se miraba y veía a otro. Involuntariamente se preguntaba si el conde Olavo no estaba apo-

yado junto a él sobre la meseta de la chimenea y proyectaba en el espejo su reflejo. Sin embargo, no había nadie más que él; el doctor Cherbonneau había hecho el cambio muy a conciencia.

Al cabo de algunos minutos, Octavio Labinski se olvidó del maravilloso «avatar» que había pasado su alma al cuerpo del marido de Prascovia y sus pensamientos tomaron un camino más conforme con su situación. ¡Este suceso increíble, separado de todas las posibilidades y que la esperanza más quimérica no hubiese soñado en su delirio, había llegado! ¡Iba a encontrarse frente a frente de la hermosa criatura a quien adoraba y ella no le podía rechazar! ¡La única combinación a la cual era dado conciliar su felicidad con la inmaculada virtud de la condesa, se había realizado!

Cerca ya del momento supremo, su alma experimentaba luchas y ansiedades horribles; los temores del verdadero amor le hacían desfallecer como si aun habitase la menospreciada forma de Octavio de Saville.

La presencia de la camarera puso fin al tropel de pensamientos que le combatían. Al acercarse no pudo dominar un sobresalto nervioso y toda la sangre le afluyó al corazón cuando ella le dijo:

—La señora condesa le aguarda.

Octavio Labinski siguió a la camarera, porque desconocía la disposición de la casa, y no quería revelar su ignorancia con la incertidumbre de su marcha.

La camarera le introdujo en una sala bastante grande, que no era otra cosa que una especie de tocador adornado con todos los detalles del lujo más delicado. Una serie de armarios de maderas preciosas esculpidas por Knecht y Lienhart, cuyos cuerpos estaban separados por columnas salomónicas, a cuyo alrededor se enroscaban en espiral ligeras ramas de convólvulus de hojas en forma de corazón y campanillas esculpidas con infinito arte, formaba una especie de ensambladura arquitectural, cuya portada era de un orden caprichoso, de una rara elegancia y de una ejecución inestimable. En los armarios estaban guardados los trajes de terciopelo y seda, los cachemires, los abrigos, los encajes, las pieles de marta y de zorra azul, los sombreros de mil formas, y, en fin, todo el ajuar de aquella hermosa mujer.

Enfrente se repetía el mismo motivo, con la única diferencia de que las puertas eran espejos colocados sobre unas bisagras, que los movían en todos sentidos, a fin de que se pudiesen ver de frente, de perfil y de espaldas, para juzgar del efecto de un cuerpo o de un tocado.

En el tercer lienzo de pared se veía un gran lavabo, cuyos grifos de plata arrojaban agua caliente o fría en inmensas tazas del Japón colocadas sobre aros de aquel mismo metal; gran número de pomos de cristal de Bohemia, que brillaban a la luz de las bujías, encerraban las esencias y los perfumes.

Las paredes y el techo estaban tapizados de paño verde mar, como el interior de un estuche. Un espeso tapiz de Smirna, con vivos colores, cubría el suelo, que parecía de algodón en rama por lo blando.

En medio del cuarto, sobre un zócalo de terciopelo verde, había un gran cofre de forma extraña, de acero de Khorassan cincelado, empavonado y lleno de arabescos tan complicados, que casi hacía parecer sencillos los adornos del salón de Embajadores de la Alhambra. El arte oriental parecía haber pronunciado su última palabra en este trabajo, en el que sin duda debieron tomar parte los dedos de las hadas de Peris. En este cofre guardaba la condesa sus aderezos, sus joyas dignas de una reina y que se ponía muy raras veces, pareciéndole con razón que no valían tanto como el sitio que ocupaban. Era demasiado bella para tener necesidad de ser rica; su instinto de mujer se lo decía. Así es que no las sacaba a luz más que en aquellas ocasiones solemnes en que el fausto hereditario de la antigua casa Labinski, debía presentarse en todo su esplendor. Nunca hubo diamantes que luciesen menos.

Cerca de la ventana, cuyas anchas cortinas caían en grandes pliegues, delante de un peinador a la duquesa, enfrente de un espejo que sostenían dos ángeles esculpidos por Mlle. de Fauveau, con esa elegancia y ligereza que caracteriza su talento, e iluminado con la blanca luz de dos candelabros de seis bujías, estaba sentada la condesa Prascovia,

radiante de frescura y de belleza. Un albornoz tunecino, de finura ideal, atravesado de rayas azules y blancas, que alternativamente eran opacas o transparentes, la envolvían como una vaga nube; la ligera tela se había deslizado por la seda satinada que formaba el cuerpo y dejaba ver el nacimiento y fin de un cuello que hubiese ennegrecido el nevado de los cisnes. En los intersticios de los pliegues se veía el hervor de los encajes de una bata de batista, traje nocturno que no sujetaba ningún cinturón; los cabellos de la condesa estaban deshechos y se deslizaban por su espalda en ondas opulentas, como el manto de una emperatriz. ¡Las trenzas de oro flúido, de las que Venus Afrodita exprimía perlas, arrodillada en su concha de nácar cuando salió como una flor del azul de los mares, eran menos rubias, menos espesas y menos macizas! Mezclad el ámbar del Ticiano y la plata de Pablo Veronese con el barniz de oro de Rembrandt; haced pasar los rayos solares a través del topacio y estad seguros de que aun así no habéis de conseguir el tono maravilloso de esta magnífica cabellera, que parecía despedir luz más bien que recibirla, y que hubiese merecido, mejor que la de Berenice, brillar como una nueva constelación entre los antiguos astros. Dos mujeres la dividían, la alisaban, la encrespaban y la arreglaban en forma de bucles para que el contacto de la almohada no la destruyese.

Durante esta delicada operación, la condesa ha-

cía bailar en la punta de su pie una zapatilla de terciopelo blanco, bordada de canutillos de oro, tan pequeña, que hubiese hecho morir de celos a las odaliscas del Padischa. Algunas veces apartaba los sedosos pliegues del albornoz, dejaba ver su blanco brazo y con la mano separaba algunos cabellos que se habían escapado, lo cual efectuaba con un movimiento y una gracia inimitables.

Así, abandonada a su negligente posición, recordaba esas esbeltas figuras griegas que adornan los vasos antiguos, y de las que ningún artista ha podido encontrar de nuevo el puro y suave contorno, la belleza joven y ligera. Estaba aún más seductora que en el jardín de la villa Salviati, en Florencia, y si Octavio no hubiese estado ya loco de amor por ella, indudablemente se hubiese vuelto ahora. Afortunadamente para él no es posible añadir nada al infinito.

Octavio Labinski experimentó en su presencia la misma sensación que si hubiese visto un espectáculo muy terrible: las rodillas se entrechocaron y dobláronse bajo su peso; la boca se le secó; la angustia le apretó la garganta como la mano de un Thugg. Unas llamas rojizas obscurecieron sus ojos. Aquella belleza tenía un encanto medusino.

Hizo un valeroso esfuerzo, diciéndose que estas maneras tímidas, propias de un amante despreciado, eran muy ridículas en la persona de un marido, por mucho que le emocionase la presencia de su mujer, y marchó resueltamente hacia la condesa.

—¡Ah, sois vos, Olavo! ¡Cuánto habéis tardado esta noche!—dijo la condesa sin volverse, porque detenían su cabeza los largos cabellos que trenzaban las peinadoras. Y sacando por entre los pliegues del albornoz una de sus preciosas manos, se la alargó.

Octavio Labinski cogió esta mano, más dulce y más fresca que una flor; llevósela a sus labios e imprimió sobre ella un prolongado y ardiente beso; toda su alma se concentró sobre aquella mano tan leve.

No sabemos qué delicadeza de sentimientos, qué instinto de divino pudor, qué intuición nacida del fondo del corazón advirtió a la condesa; pero una nube sonrosada cubrió súbitamente su rostro, su cuello y sus brazos, los cuales tomaron ese tinte con que se colora en las altas montañas la nieve virgen al verse sorprendida por el primer beso del sol. Prascovia tembló y retiró lentamente su mano, entre malhumorada y vergonzosa; los labios de Octavio le habían producido la misma impresión que un hierro candente. Bien pronto se rehizo y se rió de su pueril temor.

—Nada me decís, querido Olavo, y eso que en más de seis horas no nos hemos visto; ya no os acordáis de mí—dijo, como reconviniéndole—; en otro tiempo no me hubieseis dejado completamente sola durante toda la noche. ¿Os habéis acordado sólo de mí?

—Siempre—contestó Octavio Labinski.

—¡Oh, no siempre! Yo sé bien cuándo os acordáis, aun cuando estéis muy lejos de mi lado. Esta misma noche estaba sola tocando al piano una pieza de Weber para matar el fastidio con la música, cuando he visto vuestra alma que daba vueltas a mi alrededor confundida con las notas que despedía el teclado; después se ha marchado yo no sé adónde con el último acorde y no ha vuelto. No me lo neguéis, porque estoy muy segura de lo que digo.

Prascovia, en efecto, no se equivocaba; era justamente aquel momento en que en casa del doctor Baltasar Cherbonneau; el conde Olavo Labinski se inclinaba sobre el vaso de agua mágica, evocando, con toda la fuerza de un pensamiento fijo, una imagen adorada. Desde aquel momento el conde, sumergido en el océano sin fondo del sueño magnético, no había tenido ni idea, ni sentimiento, ni voluntad.

Las mujeres, terminado el peinado nocturno de la condesa, se retiraron, y Octavio Labinski quedóse de pie siguiendo con sus ojos inflamados los movimientos de Prascovia. Detenida y quemada a la vez por esta mirada, la condesa se envolvió en su albornoz como Polymnia en su manto. Sólo su cabeza asomaba por encima de los pliegues blancos y azules, inquieta, pero hermosa.

A pesar de que ninguna penetración humana hubiese podido adivinar el misterioso cambio de almas efectuado por el doctor Cherbonneau merced a la fórmula del sannyasi Brahma-Logum, Prascovia no reconocía en los ojos de Octavio Labinski la expresión ordinaria de los ojos de Olavo; la de un amor puro, tranquilo, igual, eterno como el amor de los ángeles; una pasión terrestre inflamaba aquella mirada, que la turbaba y la hacía enrojecer. No podía darse cuenta de lo que había pasado, pero debía haber sucedido algo. Mil extrañas sospechas le asaltaron el pensamiento: ¿no era ya para Olavo más que una mujer vulgar, deseada por su belleza como una cortesana? ¿El acorde sublime de sus almas se había roto por alguna disonancia desconocida? ¿Amaba Olavo a otra? ¿Las corrupciones de París habían dañado su casto corazón? Prascovia se hizo rápidamente todas estas preguntas sin poderse contestar de una manera satisfactoria, y se dijo a sí misma que estaba loca, por más que allá en el fondo sintiese que tenía razón. Un terror secreto la invadía como en presencia de un peligro desconocido; pero adivinado por ese segundo sentido del alma, cuyos anuncios hace mal el hombre en no obedecer.

Levantóse agitada y nerviosa y se dirigió hacia su cuarto de dormir. El falso conde la acompañó con un brazo apoyado en su talle, como Otelo lleva a Desdémona cada vez que ambos salen en la obra de Shakespeare; pero cuando estuvieron en la puerta, Prascovia se volvió, detúvose un instante blanca y fría como el mármol, arrojó una mirada de espanto al joven, entró, cerró la puerta con precipitación y pasó el cerrojo.

—¡La mirada de Octavio!—exclamó cayendo medio desvanecida en un sofá. Cuando hubo recobrado completamente los sentidos se dijo: —¿Cómo se explica que aquella mirada, cuya expresión no olvidaré nunca, brille esta noche en los ojos de Olavo? ¿Cómo he visto lucir a través de las pupilas de mi esposo, aquella llama sombría y desesperada? ¿Habrá muerto Octavio? ¿Será que su alma antes de abandonar la tierra ha brillado un momento delante de mí como para decirme adiós? ¡Olavo! ¡Olavo! ¡Si me he engañado, si he cedido locamente a un vano terror, tú me perdonarás; pero si te hubiese acogido esta noche hubiera creído que me entregaba a otro!

La condesa se aseguró de que el cerrojo estaba bien puesto, encendió la lámpara que pendía del plafón, se metió en la cama como un niño miedoso, con cierta sensación de angustia indefinida, y no se durmió hasta cerca del día; unos sueños incoherentes y extraños la atormentaron durante la noche. Unos ojos ardientes—los ojos de Octavio—se fijaban sobre ella desde el fondo de las tinieblas y le lanzaban miradas de fuego, mientras que al pie de la cama una figura negra y surcada de arrugas estaba acurrucada al mismo tiempo que murmuraba sílabas desconocidas; el conde Olavo se apareció también en este sueño; pero vestido de una forma que no era la suya.

No vamos a pintar el descorazonamiento de Octavio cuando se encontró frente a frente de una

puerta cerrada y más aún cuando oyó el chirrido del cerrojo. Su suprema esperanza se desvanecía. ¡Ah! Había pedido auxilio a medios terribles y extraños; se había entregado a un mago, tal vez a un demonio, jugándose su vida en este mundo y su alma en el otro, para conquistar a una mujer que se le escapaba, a pesar de pertenecerle, gracias a las hechicerías de la India. Había sido rechazado como amante y ahora merecía igual suerte como marido; la invencible pureza de Prascovia desafiaba las maquinaciones más infernales. En la puerta de su cuarto de dormir se le había aparecido como el ángel blanco de Swedenborg, hiriendo con el rayo al espíritu del mal.

Como no era posible que estuviese toda la noche en aquella posición ridícula, buscó el departamento del conde, y después de haber recorrido gran número de habitaciones, dió con una en la que había una cama con columnas de ébano y cortinas de tapicería, entre cuyos ramajes y arabescos había unas armas bordadas. Unas panoplias con armas orientales, varias corazas y cascos de caballería heridos por el reflejo de una lámpara, arrojaban algunas vagas luces en la sombra. Las paredes estaban tapizadas de cuero con dibujos dorados. Tres o cuatro grandes sofás esculpidos y un cofre todo lleno de figuras completaban aquel moblaje del gusto feudal, y que no hubiese desentonado en el salón de un castillo gótico. Por parte del conde no era esto una frívola imitación de la moda, sino un

piadoso recuerdo. Aquella habitación reproducía exactamente la que ocupaba en casa de su madre, y aunque había restaurado frecuentemente esta decoración de quinto acto, había procurado conservar siempre el estilo.

Octavio Labinski, rendido por la fatiga y las emociones, se acostó y durmióse maldiciendo al doctor Baltasar Cherbonneau. Por fortuna el día le trajo ideas más alegres. Prometió conducirse desde entonces de una manera más moderada, apagar su mirada y adoptar la conducta de los maridos. Ayudado por el mayordomo del conde, hizo su *toilette* de una manera sobria, y bajó con paso tranquilo al comedor, donde la condesa le esperaba para desayunarse.

X

Octavio Labinski descendió tras los pasos del mayordomo, porque ignoraba dónde se hallaba el comedor de aquella casa, de la que se le creía propietario. Dicho departamento era una gran habitación en el entresuelo con vistas al patio, que tenía un carácter de abadía y de castillo feudal; unas ensambladuras de madera de álamo negro, divididas en paños y cuadrángulos simétricos, subían hasta el techo, donde unos postes salientes formaban una especie de cajones hexágonos, pintados de azul y adornados con ligeros arabescos de oro; en los grandes planos de la ensambladura Felipe Rousseau había pintado las cuatro estaciones, representadas no por figuras simbólicas, sino por trofeos de naturaleza muerta, compuestos de productos propios de cada época del año; las cacerías de Jadin hacían juego con las naturalezas muertas de Felipe Rousseau, y de cada pintura brillaba como el dis-